

Emily
RATAJ
KOWSKI

Noi
CUERPO

EMILY RATAJKOWSKI
MI CUERPO

Traducción de Esther Cruz Santaella

Título original: *My body*

© Emily Ratajkowski, 2021
© por la traducción, Esther Cruz Santaella, 2021
Corrección de estilo a cargo de Ana Robla

© Editorial Planeta, S. A., 2022
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2022
ISBN: 978-84-9998-906-8
Depósito legal: B. 2.949-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Egedsa
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	13
Lecciones de belleza	19
Líneas borrosas	39
Hijo mío, el sol	59
Tóxico	73
Pq hola Halle Berry	95
<i>Spa</i> coreano	111
Las burbujitas	129
Transacciones	149
Recomprarme	167
Pamela	195
Hombres como tú	215
Liberaciones	235
<i>Agradecimientos</i>	249
<i>Biografía</i>	251

LECCIONES DE BELLEZA

1.

—Cuando naciste —empieza mi madre—, el médico te levantó y dijo: «¡Hay que ver el tamaño que tiene! ¡Qué guapa es!». Y lo eras. —Sonríe.

He oído la historia un montón de veces.

—Al día siguiente llevó a sus hijos al hospital solo para que te vieran. Eras un bebé precioso.

El recital suele acabar ahí, pero esta vez mi madre no ha terminado todavía. Antes de continuar, su rostro revela una expresión inocente que conozco bien; estoy acostumbrada a vérsela justo antes de decirnos a mi padre o a mí algo que sabe que no debería decir. Me preparo.

—Tiene gracia —añade, con una sonrisilla—. Hace poco, hablando con mi hermano, va y me dice... —Y se pone a imitarlo con su pausado acento de la Costa Este—: «Kathy, Emily era preciosa de bebé, pero no tanto como tú. Eres el bebé más guapo que he visto nunca». —Se encoge de hombros y niega con la cabeza, como diciendo: «Qué locura, ¿eh?».

Me pregunto durante un instante cómo espera que le

responda, hasta que me doy cuenta de que está mirando por la ventana y ha dejado de prestarme atención.

2.

Estoy en la zona de peluquería y maquillaje durante una sesión de fotos, charlando con el ayudante de peluquería.

—¿Tu madre es guapa? ¿Te llevas bien con ella? —me pregunta mientras me pasa los dedos por el pelo.

Me rocía un producto en las puntas y estudia mi reflejo en el espejo que tenemos delante. Me elogia las cejas.

—Qué bien las tienes —declara, y agarra un cepillo—. ¿Y de qué raza eres? —sigue.

Estoy acostumbrada a tener la misma conversación en los sets; casi siempre discurre exactamente así, y procuro ponerle fin lo más rápido posible. No me gusta que las mujeres blancas utilicen esa pregunta como una oportunidad para relatar todos sus orígenes étnicos en un intento por parecer «exóticas», por así decirlo: «Soy un trece por ciento tal y un siete por ciento cual». Yo, por el contrario, me limito a responderle:

—Soy blanca.

El peluquero se ríe.

—Bueno, vale, blanquita. —Esboza una amplia sonrisa—. Aunque algo me dice que no eres solo eso, la verdad.

Frunce los labios y cambia de pierna de apoyo, levantando una cadera. Él es principalmente mexicano, me cuenta.

—Bueno, ¿y tu madre? —insiste en la pregunta, con una curiosidad sincera—. ¿Es tan guapa como tú?

—Sí. Es más guapa que yo —le digo.

Las cejas del peluquero se levantan disparadas. Vuelve a peinarme la extensión que tiene sujeta.

—Estoy segurísimo de que eso no es verdad —me contesta complaciente.

Me he acostumbrado a que la gente a veces se incomode cuando digo eso.

—Sí que lo es —respondo con toda naturalidad.

Y lo digo en serio.

3.

Mi madre tiene una belleza clásica: ojos verdes bien separados, nariz diminuta y elegante, complexión pequeña y, como ella misma diría, cintura de avispa. Toda su vida la han comparado con Elizabeth Taylor, comparación con la que estoy de acuerdo. La gente de cierta generación le decía que era como Vivien Leigh de joven. Tanto *Fuego de juventud* como *Lo que el viento se llevó* eran películas que mis padres tenían guardadas en una pequeña colección de VHS junto a la cama. De pequeña, vi esas películas infinidad de veces, con la sensación de estar observando estampas de una versión más joven de mi madre, inmersa en un mundo de bellezas sureñas. Vivien Leigh bajaba la barbilla para mirar de reojo a Clark Gable y yo pensaba en cuando mi madre contaba cómo se quedaba admirando a los muchachos que se plantaban en el césped, debajo de la ventana de su dormitorio, en sus años de secundaria. Me imaginaba la textura sedosa de la banda de reina del baile y el peso de la reluciente corona que lucía en las fotografías del anuario.

4.

En el salón de mis padres hay una cómoda de madera en la que se guardan la cubertería y la vajilla de porcelana. Sobre la cómoda, fotografías enmarcadas, recuerdos de sus viajes y unas pocas de las obras escultóricas más pequeñas de mi padre. A los invitados siempre les llama la atención uno de esos marcos, que incluye dos fotos redondas inclinadas graciosamente la una hacia la otra. La de la derecha es una fotografía en blanco y negro de mi madre, en primaria, con el pelo recogido en unas coletas cortas. A la izquierda estoy yo, más o menos con la misma edad, con una cinta negra que me aparta el pelo de la cara. Dos niñas pequeñas con unas sonrisas enormes. Si no fuera por la textura de la fotografía antigua y el año impreso en la esquina inferior derecha de la imagen de mi madre, cualquiera pensaría que las dos fotos son de la misma niña. «¿Quién es quién?», preguntan los invitados.

5.

Mi pelo es fino y siempre ha tenido tendencia a enredarse. Cuando era pequeña, mi madre usaba un espray desenredante y un cepillo después de bañarme para deshacerme los nudos. Los tirones me hacían daño en el cuero cabelludo y el cuello me dolía de mantener la cabeza recta para que me peinase. Odiaba ese proceso. Fijaba la mirada en el bote de desenredante, cubierto por imágenes de animales marinos, y me centraba en el caballito de mar naranja y sonriente y en la ballena azul rechoncha mientras las lágrimas me corrían por las mejillas. El olor dulce de ese espray me hacía salivar de los

nervios. Cuando notaba que el cepillo se me hundía hasta el cuero cabelludo, gritaba con amargura: «¡No!».

La casa en la que me crie no tenía techos. Solo había unas paredes truncadas que acababan poco antes de llegar al tejado, así que mis gritos lo llenaban todo. Al oír mis alaridos, mi padre empezaba a canturrear desde la otra habitación: «Es la Guerra de los Pelillos», con la melodía del tema principal de *La Guerra de las Galaxias*.

6.

No me educaron en ninguna religión y hablar de Dios no formó parte de mi infancia. Nunca he rezado demasiado, pero recuerdo que de pequeña suplicaba a Dios ser guapa. Me tumbaba en la cama, apretaba mucho los ojos y me concentraba tanto que echaba a sudar bajo las sábanas. Creía que para que Dios te tomara en serio tenías que dejar la mente en blanco todo lo posible, centrarte en los puntos de luz que se extendían tras los párpados y pensar solo en aquello que deseabas con desesperación.

«Quiero ser la más guapa», repetía una y otra vez en mi cabeza, con un nudo en la garganta. Al final, cuando ya no podía resistirme a los demás pensamientos que se me pasaban por la cabeza, me dormía, con la esperanza de que Dios quedase lo bastante impresionado por mi meditación para responder a mis plegarias.

7.

Ely, el padre de mi madre, era un hombre serio y severo. Había nacido en 1912 y había entrado por la isla de Ellis, procedente de un pequeño *shtetl* en lo que entonces era Polonia y ahora es Bielorrusia. Tenía talento para el piano y se graduó en la escuela de artes escénicas Juilliard con quince años, para luego hacerse químico y tener tres hijas y un hijo. Le decía a mi madre que no era apropiado responder «gracias» cuando la gente le decía que era guapa. A mi abuelo no le parecía que ser guapa fuese un logro de mi madre.

—¿Tú qué has hecho? —le preguntaba—. Nada. No has hecho nada.

8.

Desde muy pequeña supe que yo no había hecho nada para conseguir mi belleza, tal y como mi abuelo le había indicado a mi madre. Entonces ¿mi belleza era una cosa que mi madre me había cedido? A veces me daba la impresión de que mi madre se sentía con cierto derecho sobre mi belleza, como si fuese una joya que ella me hubiese legado, algo que había sido suyo, algo con lo que ella había vivido toda la vida. A mí me había llegado ya cargada con todas las tragedias y victorias que mi madre había experimentado llevándola.

9.

—Ponte la ropa que quieras, Ems —me decía siempre mi madre—. No te preocupes por el resto de la gente.

Me quería libre de toda vergüenza, quería que fuese capaz de aceptar mi aspecto y las oportunidades que me ofreciese.

Con trece años, me mandaron de vuelta a casa de una fiesta porque los adultos que había allí consideraron mi vestido demasiado provocativo. Me lo había comprado con mi madre. Era de color celeste, de una tela elástica de encaje que se me ceñía a unos pechos y a unas caderas recién desarrollados. Cuando salí del probador, insegura de mí misma, mi madre se levantó y me abrazó.

—Estás preciosa, de verdad —me dijo, con una sonrisa cálida.

—¿No es demasiado provocativo? —le pregunté.

—No, qué va. Tienes un cuerpo muy bonito.

Mi madre nunca quiso que yo pensara que mi cuerpo o mi belleza eran excesivos. «Si a la gente le molesta algo de eso, es su problema», me decía.

Cuando me recogió del baile, yo estaba llorando, humillada y confusa. Mi madre me apartó el pelo, me lo colocó detrás de la oreja y me envolvió en un abrazo.

—Que les den por culo a todos —me dijo.

Preparó una cena especial y me dejó ver una película tonta mientras comía. Luego, con mi permiso, escribió una furibunda queja formal.

—Les pienso cantar las cuarenta —declaró.

10.

Intenté calibrar dónde me ubicaban mis padres dentro del mundo de las bellezas. Por lo visto, era importante para los dos que a su hija la percibiesen como guapa, sobre todo para mi madre. Les encantaba contarles a sus amigos cómo la gente se me acercaba para decirme que debería ser modelo y, luego, cuando firmé con una agencia estando en secundaria, hablarles de mis éxitos en el modelaje. Veían la carrera de modelo como una oportunidad que debían intentar aprovechar como padres responsables.

—Podría ganar mucho dinero. Debería llevarla al fotomatón y tener siempre en el bolso algún retrato suyo —le comentó una mujer a mi madre una vez en la cola de la caja del supermercado.

Cuando volvimos al coche, aparcado en el parking del centro comercial, me eché a llorar.

—¡No quiero ir al fotomatón, mamá!

Había entendido en un sentido demasiado literal lo de «matón».

Al final, mis padres me buscaron una agente y empezaron a llevarme a sesiones de fotos y a castings en Los Ángeles y alrededores, igual que los padres de mis compañeros los llevaban a ellos a torneos de fútbol locales. Mi padre colgó mi primera tarjeta de presentación (una especie de ficha con mis medidas y fotos de modelaje que suele entregarse a los clientes en los castings) junto a su mesa, en la pared del aula en la que daba clases. En mis últimos años de secundaria, mi madre enmarcó una foto mía de una sesión en blanco y negro, de 23 × 28 centímetros, y la colocó en la encimera de la cocina, mirando a la puerta principal, de modo que mis morros

salidos, mis piernas desnudas y mi pelo cardado recibían a todo el que entraba en casa. A mí me daban vergüenza tanto la foto como su ubicación. Cuando me mudé de casa de mis padres, convencí a mi madre de que la quitase. A esas alturas, la foto llevaba allí varios años.

—Tienes razón —me dijo—. Ya no te representa. Ahora eres más guapa.

11.

La belleza para mí era una manera de ser especial. Y cuando era especial, sentía más que nunca el amor de mis padres.

12.

El primer casting al que me llevó mi madre era para una empresa de ropa vaquera que fabricaba unos pantalones caros que yo nunca había tenido. Mi madre buscó a alguien que la sustituyese y diese clase por ella para poder llevarme a Los Ángeles, y yo salí del instituto antes de tiempo para montarme en su Volkswagen Escarabajo, que me esperaba en el parking de la escuela, e ir a mi trabajo.

Mi madre aceleraba por la autovía, con las gafas de sol puestas.

—Le he preguntado a tu agente por las posibilidades que tienes en esta audición. ¡Y se ha pensado que le preguntaba por tus opciones de «triunfar»! Y me suelta: «Tiene madera, desde luego, pero nunca se sabe». —Miró por el espejo retrovisor, con las dos manos en el volante—. ¡Me refería a tus

posibilidades en este casting! No de hacerte famosa. —Y negó con la cabeza—. No me ha gustado nada lo que me ha dicho.

Estaban yendo muy rápido, según ella.

En la oficina de castings nos recibieron una ráfaga de aire fresco y unas puertas cristaleras del techo al suelo. La estancia estaba bordeada por bancos blancos y en la pared había unas pantallas que indicaban las salas asignadas a las diversas audiciones. Yo iba unos pocos pasos por delante de mi madre, vestida con una versión barata y elástica de los vaqueros clásicos de aquella marca y con unas botas negras de plataforma, todo recién comprado en una tienda de descuento. Con aquellas suelas, medía casi treinta centímetros más que ella.

Nos acomodamos en un banco y noté los pies dentro de esas botas que me eran ajenas, sentí cómo los cierres se me clavaban por dentro en la piel. No muy lejos de nosotras había un niño pecoso con el pelo rizado, alborotado y con reflejos naturales.

—¿Emily? —Una muchacha miró una carpeta que sostenía delante de la cara antes de dar un repaso por los bancos. Me levanté.

—Sacúdete el pelo —me susurró mi madre.

Eché la cabeza hacia delante y noté cómo la sangre me llegaba a la cara mientras el pelo me la rodeaba. Al volver la cabeza atrás el pelo me cayó a ambos lados. Antes de desaparecer en la sala de casting, noté los ojos de mi madre clavándoseme en la nuca.

En el coche, de vuelta a casa, iba con la cabeza apoyada en una mano mirando por la ventanilla. El sol me daba en la mejilla mientras la autovía pasaba volando.

—El niño ese se te ha quedado mirando cuando te has levantado y te has sacudido el pelo —me dijo mi madre—. No te quitaba ojo de encima.

«¿Y qué habrá visto?», me pregunté.

13.

A mi madre le gustaba recordar historias de hombres que se fijaban en mí a mis doce años («¡Nunca olvidaré la cara que se le puso cuando pasaste por su lado! ¡Se paró en seco y abrió la boca de par en par!»). Pero al mismo tiempo creía que el concepto que los hombres tenían de la belleza era limitado y basto.

«Marilyn Monroe nunca fue guapa de verdad», me decía cuando mi padre ponía cara de aprobación si alguien la mencionaba.

Mi madre hacía distinciones. Había mujeres que los hombres encontraban atractivas y luego estaban las bellezas reales. «Yo es que lo de Jennifer Lopez no lo entiendo —decía, arrugando la nariz—. Supongo que a los hombres les gusta.» Con el tiempo aprendí que «a los hombres les gusta» estaba muy por debajo de «guapa», pero desde luego era preferible a que no te mencionasen en absoluto. Mi madre llegaba a ser bastante condescendiente cuando hablaba de esas mujeres: «Es mona», decía sonriendo con dulzura y con un sutil rastro de lástima en la voz. Cuando veíamos una película en la que aparecía una actriz joven, mi madre casi siempre comentaba algo sobre su aspecto: «A ver, guapa no es». Hacía lo mismo con mis amigas, cuya apariencia física evaluaba como quien no quiere la cosa mientras estábamos compran-

do. «Desde luego no tiene una cara bonita, pero de cuerpo está bien», declaraba al tiempo que inspeccionaba unos aguacates de California para ver si estaban maduros.

14.

Al independizarme, mis padres convirtieron en costumbre publicar imágenes profesionales mías en sus perfiles de Facebook. Mi madre respondía a todos los comentarios de sus amistades con un «¡Muchas gracias, Suzy!» o «Qué orgullosos estamos de ella, Karen». Mi padre también contestaba a sus amigos, pero en vez de decir gracias, a él le gustaba bromear: «Por dentro es igualita a mí, y ahí está el tema, Dan». Leí ese comentario y pensé en cuando me había dicho que había heredado su nariz.

—Es un poco grande —me soltó, riéndose.

Mi madre torció el gesto.

—No digas eso, John —susurró, en voz baja y tono reprobador.

15.

Mi madre parece tomarse como un espejo la manera en la que el mundo reafirma mi belleza, un espejo que le refleja una medida de su propia valía.

Dice: «Un amigo mío de la universidad me contó por Facebook que había visto tu última portada para una revista. Y dijo: “¡Normal que la hija de Kathleen sea guapa! Aunque no es tan preciosa como tú, Kathy. Nadie puede compararse contigo”».

A mi madre le encanta recordarme una ocasión en la que se estaba quejando por cómo algunas mujeres la habían tratado y yo, con tres años, declaré: «¡Solo te tienen envidia, mamá!».

Cuenta esa historia como un testimonio encantador de mi naturaleza dulce e intuitiva a una temprana edad. No fue hasta que me hice mayor cuando me llamó la atención: ¿Cómo se me había introducido el concepto de la competencia entre las mujeres antes incluso de haber aprendido a leer? ¿Cómo había entendido tan pronto que mi comentario supondría cierto consuelo para mi madre frente a las experiencias desagradables que había vivido?

16.

Por mi parte, encuentro otras maneras de construir un espejo muy similar al de mi madre. Analizo imágenes más de alfombras rojas y fotos sacadas por *paparazzi* que veo en internet y otras que tengo en la galería del móvil, tocando la pantallita para acercar mi cara y tratar de discernir si de verdad soy guapa. Voy a Reddit y leo y sopeso los comentarios de mi hilo, y me pregunto si estoy «sobrevalorada», tal y como apunta un usuario, o si en serio soy «una de las mujeres más guapas del planeta», como dice otro. Me entero por un crítico que afirma haber trabajado en una sesión de fotos reciente conmigo que no soy «nada del otro mundo en persona», mientras otra usuaria distinta, después de verme en una cafetería al lado de mi casa con mi perro, puede afirmar que soy «mucho más guapa en persona. Mejor que en las fotos».

Subo a Instagram fotografías que considero testimonios de mi belleza y luego consulto de forma obsesiva los *likes* para ver si internet está de acuerdo. Recopilo todos estos datos con más frecuencia de la que quiero admitir, en un intento por medir mi capacidad de atracción de la manera más objetiva y cruda posible. Quiero calcular mi belleza para protegerme, para saber con exactitud cuánto poder y capacidad para gustar tengo.

17.

Estaba tumbada en la cama después de mantener relaciones sexuales con mi primer novio serio de secundaria cuando se puso a hablarme de las otras chicas con las que se había acostado. Describió sus cuerpos, su pelo, lo que le gustaba de ellas, y yo escuchaba, con una sensación repentina de pánico. Se me revolvió el estómago. Empecé a sudar. «¿Qué me pasa? —me pregunté—. ¿Por qué mi cuerpo reacciona así cuando mi novio habla de otras chicas que le parecen atractivas?»

Mientras él seguía contándome cosas, los músculos del bajo vientre y de los glúteos se me fueron tensando y supe que en cuestión de minutos tendría que salir corriendo al baño. Mi novio hablaba y hablaba, sin darse cuenta de cómo me retorció bajo la colcha. Empecé a tiritar. Él continuaba: «Con ella... A ella...». Yo asentía y le hacía preguntas, fingiendo indiferencia, consciente de que luego me pasaría horas averiguando quiénes eran esas chicas, las observaría en el instituto, recopilaría información sobre las cosas que teníamos en común y las que no. Al final, me levanté y corrí al baño, con miedo de no ser capaz de aguantar más. Pese a

saber que ni esas chicas del pasado de mi novio ni el hecho de que él las mencionase eran una amenaza real para mi seguridad, mi cuerpo reaccionó como si así fuera. Odiaba pensar que alguna vez otra persona hubiese podido parecerle más atractiva que yo.

18.

Algunos de los recuerdos de mi madre me resultan tan viscerales que en ocasiones no sé decir si son experiencias tuyas o mías, como esa vez que entró al baño de mujeres durante una fiesta al principio de su cortejo (como diría ella) con mi padre. Al salir del cubículo, la exnovia de mi padre estaba en los lavabos, enjuagándose las manos delante de un amplio espejo. Mi madre se colocó junto a ella. «Y pensé: “Pues nada, aquí estamos. Tan distintas...”. ¿Me entiendes?» Ahí estaban: las dos mujeres que había elegido mi padre. Me las imagino inmóviles, con los brazos caídos a ambos lados y las caras inexpresivas. Quizá uno de los grifos siga abierto. Mi madre es casi treinta centímetros más baja que la mujer rubia con la que mi padre había vivido. Le resplandece la piel clara de los hombros anchos y del largo torso. El pelo le huele como a agua salada. El cabello oscuro y rizado de mi madre le enmarca la cara en forma de corazón, y las curvas de sus caderas se definen sobre los azulejos blancos del baño. Las dos tienen el rostro en sombra mientras se evalúan a sí mismas y a la otra.

19.

A mi madre le gustaba decirme que siempre había querido un pelo como el mío.

—Como una sábana de satén —me decía, mirándome mientras me deslizaba la mano por la coronilla y yo me zafaba de ella.

—¡Déjame, mamá! —le soltaba, y de inmediato odiaba el sonido de mi voz que perforaba el aire.

—Vale, vale —me respondía con un sonsonete—. Te has hecho adolescente y ya no quieres que te toquen, pero siempre vas a ser mi niña pequeña.

Y después me repetía, en voz baja y de repente más seria:

—He querido tener un pelo como el tuyo toda la vida. Me lo planchaba en una tabla de planchar para que estuviese liso como el de Jane Asher.

Se quedaba entonces mirando la nada, contemplado una vida alternativa, un mundo en el que la única diferencia era la textura del pelo de su cabeza. («Pero ¡menuda diferencia!», la imaginaba diciendo.)

Ahora me doy cuenta de que mi reacción no era por ser la típica adolescente. Sencillamente no quería que mi madre me mirase, porque sabía que cuando me observaba solía estar haciendo cálculos: analizando y comparando.

20.

De joven odiaba que me dedicaran cumplidos por mi aspecto, daba igual que lo hiciesen mis amigas o los hombres y chicos que me interesaban. Un tipo con el que salí no mucho

tiempo cuando tenía veintipocos años solía reírse de mí por lo rara e incómoda que me sentía cuando me decía que le parecía guapa.

—¡Madre mía! ¡Es que no lo soportas! —me decía, mirándome cuando me sentía cohibida de repente.

—Calla ya. —Y ponía los ojos en blanco, tratando de insinuar que no tenía razón.

—Pero, a ver, que eres modelo, que te conocen por tu belleza —seguía él, confundido, a la espera de una explicación.

Y yo nunca sabía qué responder. Me entraban ganas de decirle que no necesitaba que los chicos que me gustaban me dijeran eso. Estaba bien escuchar ese tipo de cosas en el set, mientras ganaba dinero, pero en mi vida privada no lo quería. Parte de mí trataba de resistirse a la manera en la que había aprendido a mezclar la belleza con el amor y el ser especial. «No, gracias —pensaba—. No quiero eso que me están intentando ofrecer, sea lo que sea. No quiero ese espejo. No quiero ese amor que repite “Eres la más guapa”.»

21.

Mi madre dejó de teñirse el pelo al poco de cumplir los sesenta. Se le fue poniendo gris, después plateado y luego, al fin, blanco. Siguió llevándolo corto; su volumen natural le daba forma a la cabeza. Estaba guapa, un adjetivo raras veces usado en mujeres mayores de sesenta años, pero muy adecuado para mi madre y sus elegantes facciones, suavizadas por la edad.

—Envejecer es raro —me dijo una mañana, sentada en el

sofá azul que había junto a la ventana en mi apartamento de Los Ángeles—. El otro día iba andando por la calle y vi a dos muchachos atractivos que venían hacia mí. Ni siquiera lo pensé, pero cuando fui a pasar por su lado me enderecé un poco. —Soltó una risita—. Y ni me miraron. Y entonces me di cuenta de que ahora para ellos soy invisible. ¡Solo ven a una señora con el pelo gris! —Estaba encantadora bajo la luz natural mientras hablaba—. Supongo que así son las cosas. —Y se encogió de hombros.

Desprendía paz. Imaginé cómo sería que un día los hombres ya no se fijaran en ti.

—Quizá sea un poco liberador, ¿no? —le pregunté.

—Puede ser —dijo al fin.

22.

Estoy recién casada con mi marido cuando un día me dice, sin darle mayor importancia:

—Qué cantidad de mujeres guapas hay en el mundo.

Me quedo helada al oírlo. Sé que es un comentario perfectamente aceptable y cierto, y aun así noto en las tripas un retortijón que me resulta familiar.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Nota el cambio. Percibe la tensión instantánea en mi cuerpo.

—No sé —respondo. Aprieto la cara contra su pecho, avergonzada por mi reacción—. No sé por qué me duele oírte decir eso.

Me doy cuenta de que quiere consolarme pero está confundido. Yo también quiero que me consuele, aunque no es-

toy segura de por qué lo necesito. ¿Por qué de repente siento que no me quiere lo suficiente?

23.

En la pequeña estancia sin ventanas que constituye la consulta de mi terapeuta, le hablo de mi reacción ante el comentario de mi marido. Le explico el dolor de tripa. La evaluación. Las otras mujeres.

—Manzanas y naranjas —me responde ella. Y pregunta en tono delicado—: ¿Y si no eres igual que las otras mujeres? ¿Y si eres una fruta totalmente distinta?

Odio estar teniendo esa conversación. Una parte de mí se avergüenza horrores. Siento ganas de levantarme y gritar: «¡Eso ya lo sé! ¡Odio a las mujeres que se comparan con otras mujeres! ¡Yo no soy así!».

Sin embargo, hay una versión de mí que necesita escuchar lo que mi terapeuta está diciendo porque también hay una parte de mí que quiere corregirla.

—Pero todo el mundo tiene una fruta favorita —le digo, y siento que una lágrima me cae por la mejilla—. Todo el mundo prefiere una a otra. El mundo funciona así. Todo está clasificado. Siempre hay una cosa mejor que otra.